

a la acera, nota que a sólo cincuenta metros más allá, tambaleándose de lo borracho y hablándoles a las nubes, viene el tío Enrique, hermano menor de su padre, vestido de la noche anterior. Alcohólico desde su juventud, el tío Enrique era un alma en pena que siempre había que recluir en casa y poner en manos de los médicos. Después de semanas de recuperación, lograba escaparse de cualquier manera para terminar en el botiquín de turno. La escena que plantea en este momento al tío borracho frente al sobrino futbolista es decisiva porque los orígenes maltrechos salen a la caza de la nueva vida con amigos y pelotas que ruedan. ¿Se detiene el sobrino frente al dolor y va a abrazar al tío divagante para llevarlo a casa? Más bien le da la espalda, recoge la pelota en la cuneta, lo esquiva cabizbajo, se aleja de lo que para él es sólo vergüenza y lo llora por dentro. Del otro lado están los amigos y el juego debe continuar. Desde entonces, darle la espalda a alguien es también un signo del destierro.

VI

La principal oleada de emigrantes canarios a Venezuela se produce entre fines de los años 30 y comienzos de los 40. Son los años de la guerra, que deprimen los caracteres y las economías. Se vive de refugio en refugio y la pobreza toca la puerta de todos los hogares. Se cuentan por millares los palmeros que abandonan la isla para llegar a La Guaira o a Puerto Cabello. De este lado del océano, son los tiempos de López Contreras y Medina Angarita, de la lenta implantación de las formas democráticas, del crecimiento demográfico de las ciudades, de la pujanza económica. Mano de obra barata, espíritus ansiosos y jóvenes que vienen a vislumbrar el futuro que no hallan en sus tierras de origen pueblan la geografía venezolana y la transforman en décadas. Este preciso contexto es el que determina la llegada a tierras venezolanas del primer emigrante de la familia: el tío Delio, hermano mayor de mi madre. Buen nadador y tripulante de barcos, el relato familiar se ha encargado de mitificar su llegada engordando un episodio que ha debido de tener su pizca de verdad. Indocumentado como casi todos los inmigrantes de la época, el tío Delio no hizo su entrada triunfal por control aduanal alguno sino lanzándose al agua a un kilómetro de las playas de lo que ha debido de ser o Chichiriviche de la Costa o Puerto Cruz. Llegó a nado, se entiende, perfectamente exhaus-

to, con la camisa y los pantalones deshilachados, sin un duro en la cartera mojada y quizás con la foto de la abuela María a manera de estampa religiosa. La tierra que lo recibe es la misma que lo retiene en la urna de sus postrimerías, a la que va a parar con un cáncer de pulmón después de fumarse todos los cigarrillos del nuevo mundo.

VII

«Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor». La frase es la primera del libro *Los cuadernos de destierro* del poeta venezolano Rafael Cadenas. Escrito en Trinidad, adonde lo llevó un exilio forzoso en tiempos de la dictadura de Pérez Jiménez, y publicado finalmente en 1960, este libro iniciático es uno de los pocos de la poesía venezolana del siglo XX que testimonia de manera çabal una experiencia de exilio. Perteneciente a la llamada ‘Generación del 58’ –la promoción de escritores que renovó el canon literario nacional a la par del período de recuperación democrática–, la obra de Cadenas nace del extrañamiento, de la duda en torno a la inmediatez, del escepticismo frente a la razón. Se diría que la poesía de mayor aliento vanguardista en Venezuela –precisamente la que se da en la década de los años 60 y llega hasta nuestros días–, se funda en un referente de destierro histórico y se formaliza en un patrón de exilio verbal.

VIII

James Joyce terminaba la redacción del *Ulises* en la ciudad italiana de Trieste cuando su esposa le confesaba en unas cartas enviadas desde Dublin haberle sido infiel con un amante. Lejos de recriminarla o aborrecerla, Joyce le responde con unas misivas en las que ensaya un acto sexual escritural. Nadie te ha podido tocar como yo lo he hecho –parece decirle el genial irlandés–; nadie te ha podido besar como yo lo he hecho; nadie te ha podido chupar como yo lo he hecho. En síntesis, la escritura de una obra mayor en el destierro y el coito entre dos amantes desde el exilio de los besos y las caricias. A falta de cuerpo presente, buenas son las palabras.

IX

Un libro esencial del siglo XX venezolano –*Mensaje sin destino* (1951) de Mario Briceño Yragorry– postula sin quererlo una hipótesis de destierro interior. «Hemos visto más la liturgia de las efemérides que el permanente valor funcional de la Historia como categoría creadora de actos nuevos». Se añora una comprensión histórica mayor de parte del colectivo, se añora más cultura ciudadana en los trasuntos de la cotidianidad. O lo que es lo mismo: se diagnostica una riesgosa amnesia pública en la que ponemos nuestro destino en manos de otros –los llamados fundadores de la Patria. A este ritmo, cualquier designio se cuele en las alturas del Poder para someternos según preceptos rediosos. Una cultura que cree prosperar mientras en lo íntimo responde a un destierro interior, una cultura de ocupantes (que no de dueños), una cultura ajena a los hechos que la han forjado o hecho posible, obviamente arrastra graves debilidades. La herida que señala Briceño apunta a la inexistencia de una correa de transmisión que lleve las ideas desde el liderazgo cívico hasta las instituciones sociales o los quehaceres domésticos. Para las grandes mayorías, el país es siempre de otros. Lo que equivale a admitir que vivimos en nuestro propio suelo como desterrados.

X

Una escena de la película *Blade Runner* fija como pocos momentos artísticos de los últimos tiempos el apego profundo a la vida, el dolor inimaginable de no poder formar parte de ella. El androide o réplica Roy Batty, exponente máximo de la llamada generación Nexus 6, ha sido diseñado y fabricado con un pequeño dispositivo de seguridad: el mecanismo prodigioso que le da vida se apagará a los cuatro años de duración. Asistimos a la escena de su muerte en un edificio abandonado, bajo una persistente lluvia nocturna, mientras un agente policial o *blade runner* lo acosa para sacarlo de circulación. Roy Batty se apega a sus últimos momentos de vida con una especie de soliloquio que parece delirante. Golpea su cabeza contra las paredes para despertar sus circuitos dormidos o se hunde clavos de hierro en los brazos para reanimar sus nervios eléctricos. Finalmente atrapa una paloma blanca con sus dos manos y, antes de soltarla hacia los cielos, cae arrodillado

en una azotea para pronunciar sus últimas palabras: «I've seen things you people wouldn't believe. Attack ships on fire off the shoulder of Orion. I watched C-beams glitter in the dark near Tannhäuser Gate. All those moments will be lost in time like tears in rain. It's time to die». En síntesis, quien ha recibido la vida a cuentagotas, como un ensayo de existencia, la termina valorando como nadie. La gran moraleja de la película de Ridley Scott es que los desterrados se nos revelan como seres más poderosos, más amantes, más definitivamente vivos, que los que reciben la existencia sin ofrecer nada a cambio.

XI

Un tramo de la carretera que une a Carora con Barquisimeto puede pulverizar el ánimo, puede aniquilar la conciencia. Entre abril y mayo de cada año, cuando la sequía de las tierras venezolanas llega a su máxima expresión y los árboles florecen por doquier como para simular una vida que nadie avizora entre las ramas secas y los suelos agotados, una cierta ladera de esas montañas bajas, especie de pared vegetal que se impone al viajero, se enciende de un amarillo parejo a lo largo de varios kilómetros para señalarnos en secuencia el concierto mayor de centenares de araguaneyes. Debe de ser un momento propicio en el año, acaso una semana movediza de máxima floración, antes de que corolas y pistilos sean arrastrados por los vientos y se estrellen contra la aridez de los suelos. Si el viajero alcanza a tolerar tanta belleza concentrada en un solo punto será porque en él habrá operado desde ese instante un principio de destierro, de extrañeza. Oponer una alteridad subjetiva a ese muro vegetal resulta imperativo para no ser devorado por lo que, subrepticamente, a partir de una señal desconocida, comienza a ser pura inconsciencia.

XII

Releer hoy la correspondencia entre Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt quizás nos demuestre que sí tuvimos una moderna escritura republicana. Intelectual mayor el primero y destacado *homo politicus* el segundo, esa escritura fue concebida desde sendos destierros: Chile para Picón Salas y México o Costa Rica para Betancourt. El país